



PALABRAS CLAVE: JORGE LUIS BORGES – MARÍA KODAMA
KEYWORDS: JORGE LUIS BORGES – MARÍA KODAMA

Los malos servicios de María Kodama (Nota de opinión)

José Amícola¹

En ocasión de la muerte de María Kodama los medios officiosos, aprovecharon la ocasión para cantar loas a la compañera de Borges, quien se habría caracterizado por su angelicalidad, su toque oriental y su férrea convicción de ser la acompañante ideal de un genio. Examinando las cosas para evitar los lugares comunes, hay que decir que la paulatina transformación de María Kodama hasta llegar a ser la mano derecha del maestro estuvo lejos de ser lo que se pinta, salvo quizás en la propia mente de Borges.

Como es sabido, el maestro indiscutible de las letras argentinas profesaba un sutil terror ante el “eterno femenino” y para aplacar este sentimiento recurría, ayudado por su ceguera, al fenómeno de construir figuras fantasmáticas que obraban en su imaginación

¹ José Amícola se doctoró en Alemania en 1982 con una tesis sobre la obra de Roberto Arlt. De esa época data su interés por Manuel Puig a quien conoció en 1981. Publicó *Manuel Puig y la tela que atrapa al lector* (1981), *De la forma a la información* (1997), *La batalla de los géneros* (2003), *Autobiografía como autofiguración* (2007), *Estéticas bastardas* (2012), *El poder-femme. Virginia Woolf, Simone de Beauvoir y Victoria Ocampo* (2019), *Un brillo concheperla. Teoría queer y literatura latinoamericana* (2020). Entre 1986 y 2012 fue Profesor Titular de la Universidad Nacional de La Plata, en el año 2013 ha sido nombrado Profesor Consulto.

como aquello que habría estado anhelando desde antaño; es decir, armar a su antojo personalidades etéreas e intocables que pudieran conectarse con su espíritu de modo directo, salteándose cualquier paso concreto que develara su inapetencia sexual, o mejor: sus tabúes frente a la sexualidad. Así las cosas, cuando María Kodama aparece en la vida de Borges como participante de un seminario sobre el idioma anglosajón, esa joven curiosa de origen japonés llena con creces muchas de las expectativas del maestro en relación con el sexo femenino; en primer lugar el talento de la alumna se revela en su despliegue de exotismo (“Kodama” significa “Eco” en japonés); pero, al mismo tiempo, la franca diferencia etaria pone, como quien no quiere la cosa, una valla en todo tipo de acercamiento que no fuera francamente estético.

En este punto es necesario realizar un puente con lo ocurrido en la última década de la vida de Borges. Es evidente que tanto maestro como discípula colocaron el aprendizaje del anglosajón como la piedra teologal de una relación que tendría largo alcance porque los transformaría en cónyuges. En este sentido, que la viuda de Borges finalmente tuviera que organizar la ceremonia del entierro de su marido en el cementerio de Ginebra poniendo en su lápida una frase tomada de aquella lengua que los había acercado por primera vez no puede dejar de tener una significación llamativamente profunda. En efecto, una de las dos citas en cuestión grabada en la lápida data de un poema fechado en el 991 (“La batalla de Maldon”), donde se exhorta al combatiente a no tener miedo ante la muerte que se le avecina. El pasaje tiene la virtud no solo de tender un puente secreto de connivencia entre maestro y discípula, sino que también de un solo plumazo anula la eterna relación de Borges con su delfín Bioy Casares, dado que este último no tuvo nunca nada que ver con los estudios anglosajones. En este sentido, puede entenderse que la lengua de la “Batalla de Maldon” es un santo y seña enigmático entre la pareja de cónyuges ahora separados por la muerte de uno de ellos. El hecho de que en la segunda cita anglosajona (al dorso de la lápida) se hablara también de una “espada” que queda desenvainada entre los dos cuerpos podría servir a discípulos freudianos para entender por dónde realmente corría la relación Borges-Kodama, exenta de cualquier connotación fálica; algo que, en cambio, en el caso de la simbiosis Borges-Bioy Casares aparecía como más problemática.

Pasemos, sin embargo, a mi relación presencial más directa con la viuda del gran maestro. Además de haberla escuchado en algunas conferencias sobre temas borgeanos, mi encuentro personal más directo con María Kodama se dio nada menos que en Tokyo en el año 2015. Quiso mi suerte que en esa ciudad yo tuviera la oportunidad de escuchar su voz en un aula en dos oportunidades durante mayo de ese año. No está de más aclarar que en Japón, María Kodama es como el espíritu celestial que emana borgeanismo con su sola presencia y en este sentido puede decirse que los japoneses son sin lugar a dudas tremendos “snobs” que hacen de cada imagen fantasmática un estadio especial de saturación de la realidad. En esa ocasión universitaria María Kodama tomó como tema de su charla ante embajadores y cuerpo académico de la Universidad de Tokyo el tema de “Funes el

memorioso”. Para mi poca sorpresa –a esta altura del partido– su análisis no tuvo ninguna profundidad y simplemente la disertante se limitó a dar algunos datos biográficos de Borges para anclar el cuento en un significado atado a la vida del autor. No sirvió de mucho que yo interviniera con una pregunta tratando de calar un poco más hondo en lo que significaba “memoria”. Todo quedó donde ella misma lo había puesto; es decir, en una superficie.

Sin embargo, en ese viaje a Japón, donde residí durante un mes, me volví a topa con María Kodama, pues días después fue mi turno de entablar un diálogo con estudiantes japoneses (en otra universidad de la capital japonesa, dedicada a las Relaciones Exteriores). La presencia de la discípula de Borges en mi propia conferencia (a quien alguien se había comedido a acompañar) me llenó de zozobra desde el comienzo de mi exposición por varios motivos. El tema de mi charla sería la magia de los “haiku” escritos por Borges; y dado la rigurosidad de la conducta de María Kodama ante lo que pudiera repentinamente no aprobar, mi temor no parecía infundado. En rigor, hasta último momento yo no sabía cómo habría de tomar ella mis aseveraciones. A todo esto, mi exposición corrió por los carriles imaginados hablando sobre la maestría de Borges para meterse en la mentalidad de Oriente; y luego cuando llegó la hora de las preguntas muchos estudiantes se atrevieron a preguntarme acerca de otras inquietudes literarias mías (como sobre la obra de Arlt, por ejemplo). María Kodama, sin embargo, no abrió la boca. Movido por una curiosidad lacerante, fui yo entonces, quien le preguntó a ella al fin de mi conferencia, si alguna vez ella y Borges habían conversado juntos sobre las características del género “haiku”. Para mi nueva sorpresa, Kodama no solo no tenía idea de las reglas de oro de ese género poético tan normado, sino que no podía dar cuenta de ninguna conversación con Borges que tuviera como tema algo tan paradigmático de la cultura japonesa como el “haiku”.

A pesar del exasperante vacío literario de María Kodama en sus presentaciones públicas como albacea del maestro, su poca profundidad en las cosas borgeanas no fue lo peor que podía esperarse de ella. La cuestión para mí más impactante de su inconsciencia se dio de casualidad, cuando después de que ella disertara sobre “Funes el memorioso”, a lo que me referí antes, la Universidad de Tokyo le ofreciera una cena a la disertante y mi asiento resultara estar frente al suyo en la larga mesa de invitados. En esa ocasión puedo dar fe de que María Kodama contó a quienes la escuchaban con la boca abierta dos cosas que me provocaron un shock: en primer lugar que su padre le había vedado a María el aprendizaje del idioma japonés, porque quería que se integrara a la cultura argentina sin tapujos; y, en segundo lugar, que ante la férrea disciplina paterna, Borges le había expresado a su discípula que “su padre la había educado para él” (sic). Creo no estar equivocado al afirmar que en estas dos cuestiones está la esencia no solo de una de las muchas contradicciones borgeanas (¿en qué consistía una educación sin el idioma de base? ¿Solamente en la creación de una figura de faz con maquillaje de talco, como en el teatro Noh?); sino que, al mismo tiempo, esas dos cuestiones parecen desmoronarse una a otra como un castillo de naipes, impulsadas entre sí por una nueva impostura.

Ya sabíamos que Borges podía ser políticamente incorrecto a la hora de un feminismo inexistente, pero lo peor es el modo en que María Kodama –mujer del siglo XXI– repetía (como se repiten las gracias de un niño consentido) la peor de las apreciaciones del maestro. Es evidente, entonces, que Borges sentía que ella le había sido dada como regalo de la cultura japonesa; una cultura que ella misma quiso representar, aunque su propio padre le había cerrado en parte ese camino. Aquí no puedo dejar de conectar estas experiencias personales con la negligencia final de María Kodama, al no haber asegurado los derechos sobre un tesoro literario sobre el que todo el mundo tiene puesto los ojos.

Referencias bibliográficas

Borges, Jorge Luis (1957) [1946]. “El muerto”, *El Aleph*. Buenos Aires: EMECÉ Editores: 27-33.
Borges, Jorge Luis (1996) [1975]. “Ulrica”, *El libro de arena. Obras Completas III*. Buenos Aires: EMECÉ Editores: 17-19.